

LIBRO DECIMOCUARTO

Las Fieras



LIBER QVARTVS DECIMVS

Ferae

LIBRO DECIMOCUARTO

Las Fieras

1-8 Proposición e invocación

Ahora, y por rato, turbaré con fieles molosos madrigueras
que ocultas en selvas umbrías la turba copiosa de fieras
habita. ¡Oh Ninfas montanas, socorro prestad a este pávido
vate, —que es hábito vuestro agitar a los bosques silentes—
y el modo cruel, sus costumbres, su rabia ferina 5
y la ruina indecible del agro mostrad a mis ojos, propicias;
que los gamos aquellos que atraiga con mi Órfico plectro,
en memoria de aqueste favor litaré en vuestras aras.

9-14 La selva

Una selva existió nemorosa y extensa con miles de encinas,
tupida de arbóreas melenas y densos breñales de espinos; 10
en sus sotos umbrosos, del miedo hecho presa hasta Febo
se aterra de entrar de visita con áureas cuadrigas.

7 damas MB • 9 Sylua MB

Mas extiéndese en torno con amplias y ricas campiñas
regadas de vítreos arroyos y herbóreos gramales.

15-35 El Cibolo, o Bisonte

Tal bosque, tal agua y tal pasto adamó el torvo toro	15
que suele llamarse crinado por su desgñada melena	
pendiente del dorso; y hermoso a la vista del orbe vetusto.	
Pareciera un novillo sin duda de vasto tamaño,	
si torpe sus lomos más amplios con gruesa corcova	
no arqueara, y con una gran giba ondulase su dorso.	20
Además por sus miembros robustos con largas madejas	
recubre su cuerpo nervudo de Atalio vellón,	
y equipa su testa, cual Toro, con cuernos recurvos.	
Del todo desnuda de crines muy poco loable su cola,	
y los ojos pintados de azul, de su frente dos lumbres,	25
presenta, y con ígneo resuello por amplias narices	
ostenta completa la alcurnia y poder del león.	
Transfiso su cuerpo nervudo por dardos letales	
despierta vesano furor en su entraña ardorosa,	
y ataca atrocemente con rígido cuerno al contrario	30
que a hierro cruel desgarró sus mullidas espaldas.	
Mas después que al rabioso ha postrado en la arena dorada,	
y obtiene en sangriento certamen gloriosa la palma,	
pisotea por rato al postrado con crueles pezuñas,	
en tanto que vida retenga infeliz en sus miembros cruentos.	35

36-50 Cacería del Cibolo

Por eso un jinete armando su diestra de lanza muy larga
ceñida en su punta con cuernos de acero de fúlgida luna,

MB: *Esta fiera es llamada Cibolo por los Mejicanos. Puedes leerlo en Bomare, la palabra Bison.*

17 formâ B • 18 uastâ B • 31 ferro B • 32 flauâ B • arenâ, B • 34 longùm

por amplia llanura espaciosa acomete a la presa preciada:
 y mientras agita fugaz sus pezuñas cortando los campos,
 él vuela ligero más raudo que el aura veloz, 40
 y siguiendo en carrera a la fiera, muy pronto ambas patas
 del toro crinado que huye, con fúlgida luna cercena.
 Pero este, al quedar malherido por rápido golpe del arma,
 con su testa cornuda al valiente asaltante acomete;
 confiado en su lanza, o bien en su cuerpo robusto, el jinete 45
 se lanza con grande peligro a una lucha salvaje.
 Embiste a cornadas el buey por amargo furor agitado,
 el diestro jinete so el cuello le hiere con lanza de luna,
 por rato se traban en fiero combate con sus propias armas,
 hasta que el buey cae exangüe en un charco de sangre. 50

51-64 El Tapir, o Danta

No así tan demente con ira furiosa se enciende
 ni libre campea el Tapir en los agros extensos.
 A él le depara tranquilos penates la selva tupida
 que apacibles accesos le ofrezca a una vítrea laguna
 cercana, y senderos techados y libres de riesgos 55
 le muestre por campos sin vías en plena quietud.
 Pues goza en bañarse su cuerpo en las tácitas aguas,
 y cruzar por los ríos inmensos nadando veloz
 esta bestia, que imita en sus miembros figura porcina.
 Un dorso encorvado tupido de innúmeras cerdas, 60
 narices de trompa muy fea y orejas arrechas
 ostenta, y cubierto con fusca envoltura su cuerpo
 que aun corto de patas parece, cual una vaquilla, muy alto
 y emite a menudo siniestros quejidos salidos del pecho.

(2) Fera haec in America Septentrionali *Danta* appellatur. MB: *Esta fiera es llamada Danta en la América Septentrional.*

53 sylua MB • 56 inoffensâ B • 59 bellua M

65-74 Cacería del Tapir

Y si siendo pastor deseases quitarle a la fiera 65
 su piel tan vellosa, y dejarte su cuero y despojos,
 (pues se dice que bien macerado con ducha labor el pellejo
 desprecia amenazas y afronta los dardos sañudos)
 colócale lazos muy junto a lagunas limosas,
 atados a un tronco vecino a la oculta ribera. 70
 Por el cuello atrapada la bestia con lazo nudoso
 intenta romper, repitiendo el esfuerzo, la cuerda;
 hasta ceder gemebunda ante el tronco tenaz,
 con la gorja oprimida dejando so el roble la vida.

75-85 El León

Pero óyese cerca que el bosque resuena al rugir 75
 del León, y ya llega el sonido a mi pávida oreja.
 De gran corpulencia el León con su flava envoltura cubierto
 y armado de garras con uñas de acero, levanta
 con alta cerviz su cabeza, rastrilla los trémulos campos
 su cola, y terrible domina entre todas las fieras. 80
 Encendido de rabia los campos aterra, y el bosque;
 y ayuno por tiempo, con fieros rugidos copiosos rebaños
 inquieta, y bien corderillos del pecho materno,

Hetruriae Ducem Leones binos, et quidem non iubatos, nostrisque omnino similes; quos ueros esse Leones nullus in dubium reuocauerat. Haec pro Leonib. Americae Septentrionalis; quidquid sit de Leone illo Meridionali *Puma* dicto. MB: *Algunos tenazmente sostienen que América está desprovista de Leones, porque las fieras allí conocidas con tal nombre carecen de melenas. Pero además de que Plinio expresamente afirma que hay «Leones con melena y otros sin ella», yo mismo he visto, en Florencia, en casa del Gran Duque de Etruria, dos Leones, y ciertamente sin melena, semejantes del todo a los nuestros; y que eran verdaderos leones, nadie podría haberlo puesto en duda. Esto en lo que concierne a los Leones de América Septentrional; sea lo que sea del León Meridional llamado Puma.*

77 Vastâ B • 78 altâ B • 79 caudâque B • 83 foetus, MB

o bien un ternero, o también un novillo crecido,
voraz arrebatada y desuella sus miembros con garras cruentas. 85

86-96 El Tigre

También de ordinario la selva espinosa le ha dado al dorado
León por compañía los Tigres; y no hay más audaz otra fiera
que siempre se encuentre sedienta de sangre espumante,
y que, nunca amansada por un domador tesonero,
alimento cruel en su pecho el ardiente furor. 90

Recubre su cuerpo con piel que de negros lunares del lomo
hacia el vientre decora mezclada con tinte de lumbre dorada,
y ciñe sus fauces atroces con fuertes colmillos;
y, ardiendo en furor, la llanura golpea con cola prolija.
Las cuevas habita, y en campos abiertos audaz se pasea 95
furioso tramando más ruina que Hircano León.

97-130 Cacería del León, y del Tigre

Mas mozos fogosos domeñan su rabia obcecada con dardos.
Pues apenas resuena en la extensa campiña el horrendo
desastre de greyes errantes, y humean con sangre reciente
teñidos los campos, de súbito al punto jaurías de fieles 100
molosos conducen a guerra furiosos vaqueros.

Veloz se adelanta en carrera algún perro de olfato sutil
avezado a matar y a seguirles el rastro a las fieras,
y los otros molosos lo emulan marchando a la zaga.
Mas cuando ya al toro deshecho con sangre cuajada 105
encontraron los hombres y perros con aire de guerra,

de pronto sagaz olfatea en el viento los miembros cruentos
y en busca de huellas ocultas del Tigre ladrón con el morro,
da giros y giros en torno a través de los prados
mientras capta algún rastro de huellas el férvido Umbro. 110

100 molossûm B • 101 limphati MB • 103 **feras**, M • 104 caetera MB • 106 **uiri**, M

Veloz en carrera sin más, por los llanos a ras con el morro
 asociando los rastros del Tigre entre el césped dispersos,
 recorre campiñas, y selvas y fuentes revisa por rato,
 siguiéndole cerca la ingente caterva de sus compañeros,
 hasta ver al ladrón camuflado en el bosque profundo. 115
 Todos entonces a una con fiero ladrido los reinos frondosos
 invaden, y acosan en cerco a la presa con gritos de guerra.
 La bestia trepida en terrible cordón apresada,
 y con patas veloces se apura a treparse en un roble.
 Pero al árbol de nuevo redúcele el cerco la turba 120
 de fieles molosos, y acosa furiosa con denso ladrido.
 Entre tanto avisados por tal algazara sonante los hombres
 penetran el bosque negreante, y bufando de rabia
 alistan las armas, y raudos acuden al tronco cercado.
 Aquel disparándole plomo, traspasa a la fiera por entre 125
 las sienes, cayendo al impacto desde altos ramajes;
 ese otro a la presa, que herida se baña en negrísima
 sangre, se lanza veloz y empuñado el cuchillo
 le troncha la testa a la fiera que insiste en fatal amenaza,
 y reparte a la exhausta jauría porciones de miembros. 130

131-145 El Oso

Con estos también a las veces el Oso insaciable se mezcla,
 cubiertos sus hispídos miembros con negra pelambre,
 y armadas sus plantas deformes con uñas agudas,
 y entero su cuerpo provisto de fuerza potente.
 Con mucha frecuencia él persigue con diente voraz al ganado 135
 y despoja de crías lanares los pingües rebaños;
 y, si estando tranquilo, con dardos o a voces lo acosan,
 se atreve a atacar al pastor con sus fauces hirvientes.

137 **nec, nisi** tranquilum M • 138 (*en M así*):

audebit quemquam feruenti inuadere rictu
 se atreverá a atacar a cualquiera con fauces hirvientes

Por eso también los frutos que curvan las ramas por peso,
 y el grano doquiera disperso por campos dorados, 140
 con buche glotón y jamás saturado arrebatada,
 y consume cosechas del agro con rabia voraz.
 Y más: arrastrado por un codicioso deseo de mieses,
 lo que no le es posible, repleto, meter en su panza ampulosa,
 curvando su mano lo lleva y lo guarda debajo de rocas. 145

146-157 Cacería del Oso

Mas la gente se venga de tales delitos con justas batallas.
 No obstante, por si enfurecido con todas sus válidas fuerzas
 amenaza oprimir en abrazo la espalda del hombre que caza,
 a queste blandiendo a caballo una lanza aguzada
 lo ataca de envés cuando corre a los prados floridos 150
 hiriendo con golpes letales al Oso rabioso.
 La bestia desea apretar con su fuerza nervuda
 y trizar al ladrón que le ataca entre zarpas y dientes.
 Empero entre tanto moviendo hacia atrás lentos pasos,
 hace virar al caballo, y de nuevo a la presa castiga 155
 con rígida lanza, hasta que, rasgado su vientre, derrame
 la entraña en el suelo fluyendo en la sangre la vida.

158-168 La Pantera pequeña, u Onza

Entre aquestos, la grácil Pantera de fauces feroces
 ocupa los densos boscajes de oscura arboleda,
 y nunca, por fobia a la luz, se pasea en los campos abiertos. 160
 De hermosa apariencia, de enjutos ijares, pintados sus lomos,
 mudable el color de su cola alargada por casi tres codos.

152 (*en M así*):

Bellua **duratis** ardet contingere **neruis**,

155 hastâ B • 156 **rigida**, M • rigidâ; B • 158 Pantera MB • 159 obscurâ

De largo pelaje tupida, y teñida de fusco color
 recubre una piel bellamente su cuerpo galano,
 toda ella hermoseada por negros lunares sinuosos 165
 que vencen la intensa negrura del pulcro Gagates.
 Del todo vestida terrible por tal nitidez esta fiera,
 en dotes preclaras se iguala a la magna Pantera.

169-175 Cacería de la Pantera

Tú, empero, al turbar con frecuente rastreo esta presa,
 procura clavarle las sienes con golpes certeros, 170
 o su corazón: que maltrecha por rígido dardo acostumbra
 a dar suelta enseguida a las riendas de toda su ira;
 y atacando feroz al que esgrime de cerca las armas,
 a muerdos tritura su cuerpo, y miembro por miembro separa,
 y dispersos los siembra cruel por la anchura del campo. 175

176-208 El Lobo y sus hábiles tretas

No así de furioso se enciende cegado de iras el Lobo,
 mas presagia a menudo tamaño desastre al ganado.
 Con todo descaro se lleva las reses del agro anchuroso,
 ya sea que adame, cruel, al cordero raptado a la madre,
 ya sea que ansíe, vejado del hambre, los potros equinos. 180
 El Lobo, alejado el pastor o vencidos del sueño
 los canes, invade taimado el aprisco repleto de ovejas.
 Mas cuando atrevido arremete a las crías equinas,
 astuto se vale de todos los fraudes hostiles.
 Primero a las greyes se acerca con paso pausado, 185
 y colma de intensos aullidos el tácito campo.

182 solers MB • 183 foetus MB

Al instante congregan las greyes sus tiernos potrillos
 medrosos y guardan ceñidos por fuerte muralla,
 que forma la densa caterva de machos y hembras unidos
 de envés oponiendo las patas en orden perfecto al ladrón. 190
 Mas el lobo, a fin de sacar el ganado del círculo extenso,
 agrediendo con rabia, ya a unos ya a otros ataca:
 pero agobia al rabioso la turba con coces y coces.
 Gruñendo él con ira circuye la rueda sinuosa,
 hasta tanto que, roto ya el cerco y disuelto el cordón, 195
 disgrega al ganado aterrado por amplios herbales.
 Rápido al punto en carrera veloz al potrillo fatiga,
 entre tanto desgarrá de muerdos en muerdos su vientre,
 hasta que fluyan las vísceras sueltas del seno rasgado.
 Después de segar estructuras y abrirle su vientre 200
 el ladrón, detiene su marcha apresando voraz las entrañas,
 y humeantes las saca de cuajo del vientre rasgado.
 Como suele a las veces el héroe de Marte la murada
 ciudad explorar, y atacarla con lluvia de dardos,
 buscando insistente a la diestra y siniestra la entrada, 205
 hasta hender con el rígido ariete las altas murallas;
 al punto resuelve enviar a la muerte a unos cuantos
 de los ciudadanos, y extingue su bárbara furia matando.

209-211 Cacería del Lobo

Si quieres empero apartar de tus campos tal peste,
 con redes ocultas enreda al malvado ladrón, 210
 o traspasa sus sienes más bien arrojándole dardos.

212-228 El Coyote

Mas si logras feliz expulsar de los agros tan grande
 amenaza, tendrás que arrojar por la misma razón a Licisca,

206 Alta quoad **duro** proscindat M • 207 letho MB

que del Lobo simula la forma, y simula a un moloso,
y que lleva pintada su piel del color de la zorra, 215
y zorrunas costumbres también la taimada frecuente.
Siempre está lista a tender asechanzas al tierno redil,
y de aves de granja los campos repletos despoja.
Ni errante jauría de canes, ni armado el pastor, a la artera
Licisca podrán alejar de cerrados apriscos. 220
Cauta en el paso y oculta al amparo de bosques umbríos,
se acerca de prisa a la granja o rediles repletos;
y al robar del establo un cordero, o un pollo en los campos,
de seguido, volviendo veloz a la selva profunda,
destroza con boca espumosa la presa tan tierna. 225
Y si a veces la rabia del hambre le aflige su vientre,
de aullidos dispares desborda doquiera las auras,
de modo que aúlla, creyeras, en los campos copiosa caterva.

229-231 Cacería del Coyote

Vigía tú mismo procura expulsarla de tus territorios,
bien sea apresándola a lazo, o matando con lanza certera, 230
si no quieres ver devastados tus predios por fiero desastre.

232-255 El Jabalí Mexicano

Mezclado con ellas está el Jabalí entre recesos boscosos
en densa manada, y saquea insaciable los campos opimos.
Recubre sus hispídeos miembros con rígidas cerdas,
armadas de dardos terribles con cándidas puntas. 235
De muerdo espumante, su enorme bocaza horroriza;
y aunque porta en su dorso exhalante gran bolsa

229 Hano B (*por errata*) • 230 certâ B • 234 setis, MB • 238 horret, M
237 foetente crumenam M

repleta de grasa de olor permanente, en el resto
 la fiera impetuosa simula a los puercos que gustan del cieno.
 Mas se ha visto anunciar con su ira terribles desastres, 240
 persiguiendo entre muerdos furiosos a canes y a hombres,
 y trozando los cuerpos caídos a crueles mordiscos.
 Pues al punto en que Febo, muy cerca del medio del cielo,
 con tea dorada, flagrante las tierras incendia,
 la turba apretando entre dientes sus dientes funestos, 245
 sacude con ruido estridente los bosques silentes,
 y en círculo rueda de pronto la piara completa.
 Después si de lejos divisa en los campos algún enemigo,
 acude, cual dardo letal disparado por arco tendido,
 y buscando al contrario en carrera veloz la salvaje piara, 250
 da suelta furiosa a las riendas horribles de su ira.
 Y si, armado de férrea lanza, no aplacas
 tal ola de furia, o con bala de plomo no sacas
 del vientre rompido su entraña, entre muerdos y muerdos
 derramas tu vida y habrás de sufrir una muerte cruel. 255

256-266 El Puercoespín

No así de terrible defiende su propio dominio en el bosque,
 ni a dentellada al que caza hará daño el feroz Puercoespín
 pues dióle natura prudente a esta fiera otras armas.
 De su testa espinosa se yergue una selva que espanta,
 y un campo de picas se extiende por todos sus miembros: 260
 hórridas unas más cortas recubren de espinas su piel,
 otras se yerguen más largas cual astas garfiosas,
 que el Histricido agita a menudo si está poseído de magno

239 caetera MB • coenosos MB • 240 irâ B • 248 **hostem** M • 249 lethalis MB
 250 (*en M así*):

aduersumque **petit** cursu fera turba **rapaci**,

251 **horrentesque** irae M • limphata MB • 252 ferratâ B • 259 sylua MB
 263 Histrix MB

furor, y que lanza con ímpetu magno al funesto agresor.
 Al puerco recuerda su morro, sus ojos ardientes al fuego, 265
 su pata al cachorro, y su cuerpo espinoso a la selva.

267-271 Cacería del Puerco-espín

Mas cortarás de sus ojos la llama, y tal selva del cuerpo
 si golpeas su morro rugoso con rudo bastón:
 al momento depone amenazas y vida en la grama.
 Pues ella taimada en carrera a los perros veloces esquivava 270
 lanzando sus púas al dorso relleno de los que le ladran.

272-287 Los Ciervos en manada

Pero a campos floridos ya el Ciervo de nuevo me llama,
 el Ciervo que llega a las aguas dejando las selvas umbrosas
 llevando consigo a cornígera turba por entre breñales.
 Hete aquí siete ciervos de cuerpo y de porte prestante, 275
 que en su corpulencia superan a ingente novillo;
 de arbóreos cuernos adornan su testa altanera,
 y rozan con ellos su cola volviendo la frente hacia atrás.
 Por infando delirio de Venus, ha poco la turba encendida
 en volandas persigue ligera del campo a través a la Cierva, 280
 que después de parir angustiada en las selvas gemelos,
 hermosos los dos por sus cándidas manchas, los cría.
 La madre natura dejó desprovista a la turba de hostiles
 defensas: no le arma de duros colmillos su boca,
 ni de uñas sus patas, ni de cuerno impetuoso y violento; 285

Católico [Carlos III] por el año 1775.

278 (*en M así*):

radunt queis caudam contorto uertice retro.

281 *syluis* • *foetus MB* • 285 *calces M* • *cornu, M*

pero diole afanosa vencer con sus pies a los vientos,
y con rápida fuga evadir los funestos sucesos.

288-299 Cacería de los Ciervos en manada

Por eso, si optaras tender con tus dardos a toda la turba,
prohíbe que ladren y corran los ávidos canes,
a fin de que no desperdigen la unida manada entre sotos, 290
marchándose todos a prisa de la amplia llanura.
Tú empero procura con hierro privar a la Cierva de vida,
y a toda la plebe podrás traspasar disparándole dardos.
Pues los machos, si rueda la Cierva en el césped herida,
se abstienen, se ha visto, de dar ya ni un paso y se quedan, 295
sin que quieran huir o dejarla en el campo vencida.
Uno tras otro al instante traspasa con flechas certeras,
pues antes tu diestra el carcaj vaciará de saetas,
que el grupo abandone transida del dardo a la Cierva.

300-325 Cacería del Ciervo solitario

Empero si ves algún Ciervo a través de yugadas de abierta 300
campaña vagando, con canes corriendo fatiga.
Él con sus patas potente, a las auras y al rayo aventaja
y midiendo a zancadas los campos, se pasa saltando
por entre las matas y elude en su fuga veloz a los canes
que van a la zaga. Mas entre ladridos consiguen las huellas 305
patentes, y a toda carrera persiguen al ciervo fugaz.
Y ya entre el clamor resonante de perros cercanos,
y casi sintiendo la bestia en sus zancas prolijas el muerdo,
con súbito salto ágilmente se libra del morro canino
burlando del todo el empeño de aquella constante jauría. 310
No obstante la turba de nuevo difusa por la amplia campiña

307 Jamque MB • 308 teuentis B (*por errata*)

persiste en carrera acosando al alígero Ciervo,
 hasta que aprese con rígido diente la pata del que huye,
 y venza con saña a la fiera tronchando su curso anheloso.
 Como a veces el ave sagrada de Jove desde olmo frondoso 315
 irrumpe con magno fragor contra pávida tórtola;
 la blanda paloma sacude asustada el azul con sus alas,
 y fútil va y viene y devana en ovillo tupido
 mil giros, en tanto que pide doliente un asilo seguro;
 mas el ave escudero de Jove con rápido vuelo la acosa 320
 y envía resuelto a la inicua paloma a una trágica muerte:
 no de otro modo persigue veloz la jauría de canes al Ciervo
 indefenso, mordiendo lo apresa y ultraja con bárbara herida.
 Muy presto el que caza, sacando el funesto puñal
 de la vaina, lo hunde en el pecho mullido del Ciervo. 325

326-345 Las Liebres en el valle de Chicapa

Empero al canino escuadrón vejará más veloz en los campos
 la Liebre, al burlarlo con sus proverbiales carreras y astucia.
 Un valle existía doquiera extendido por prados abiertos,
 perennes vergeles de césped risueño, regados por vítreas 330
 aguas, y siempre esplendentes de flores hermosas;
 mas soplan constantes los vientos que causan flaqueza
 a las reses y torran con fuerte bochorno al rebaño:
 mas es tanta las Liebre orejuda que habita estos campos,
 que el valle tuviera Dictina por un hondo establo de fieras.
 Empero no deja a la liebre captar la quietud deseada 335
 el tropel de veloces molosos con sus furibundos ladridos.
 Pues la turba se esfuerza en hallar los vestigios de huella,
 y persigue a la bestia con más rapidez que los vientos
 hasta poder desgarrar a la odiada a mordiscos.
 Mas apenas gozosa la turba la roza con morros audaces, 340

(5) Huic ualli *Chicapa* nomen est. MB: *Este valle lleva el nombre de Chicapa.*

332 calore, M • 334 Dictina M • Dict nna B (*por errata*) • 336 celerûm B • molossûm. B

se lanza la Liebre con salto gigante en sentido contrario,
 y de nuevo la marcha acelera burlando ladridos y perros.
 Con cientos de saltos de nuevo atormenta, y de nuevo,
 a los canes, y evita huidiza las furias y excita sus ansias,
 hasta, lánguida, darse por presa y ceder ante el negro furor. 345

346-350 Transición al Mono con cola

Los peligros que evitan huyendo la Liebre y el Ciervo
 con paso fogoso, taimado los salva con hábil astucia
 eludiendo las más de las veces al propio enemigo
 el Cercopiteco, belleza del campo, primate del bosque
 y gloria inmortal, por su ingenio sutil, de las fieras. 350

351-364 Forma y tamaño del Mono

Con frecuencia circunda su cuerpo completo de negro vestido
 cubriéndose todos sus miembros de greña y pelambre:
 ni vientre, ni piernas, ni brazos del vello negreante
 se libran; tampoco la frente y el rostro, ni manos e ijares.
 Mas si Nicaragua te ofrece rumbosa este don 355
 que pródigas crían grátisimas tierras en torno del lago,
 de cierto que el simio tendrá el pecho blanco, y su rostro.
 Esta bestia tendría en verdad del humano la forma,
 si enroscada con una gran vuelta, enroscada hacia abajo,
 no afease su cola los miembros restantes del cuerpo. 360
 En tamaño se ha visto que tanto se elevan algunos,

353 brachia B • 355 uerò B

(7) In lacu Nicaraguensi, 224 milliaria extenso, parua attollitur insula
 arboribus frequens, omnique amoenitate gratissima, ac paruis Cercopithecis referta.:
En el lago de Nicaragua, de 224 millas de largo, emerge una isla tupida de arbole-
da; por todos sus encantos muy amena y poblada de pequeños Cercopitecos.

357 certè,

que al pronto creyeras mirar a un Etíope de casi diez años;
mas provisto de fuerza y de humano vigor suficientes,
que podrían raptar, como suelen ocurrir, a mujeres.

365-384 Astucia del Mono

Empero al que parca por cierto privóle gozar de belleza 365
prudente natura, de ingenio tan grande engalana
que puede, y con mucha ventaja, vencer al agudo Castor,
y burlarse con chanzas del vulgo restante del bosque.
Por eso a las veces del rabo suspenso en un álamo alto,
debajo del cual el Indiano Caimán toma el sol a la orilla 370
del agua, se ríe gozoso del ansia voraz del reptil.
Pues apenas comienza a propósito el Simio falaz
a agitar del Aliso frondoso los ramos sonantes,
al punto la fiera excitada del hambre exigente del vientre
mostrando los dientes descubre del morro su enorme 375
abertura, y ardiente desea la ruina del cómico mimo.
Mas si el Simio ladino simula caer por infausto accidente,
se lanza veloz el Caimán cual si el mimo cayera en su boca
que cierra en seguida la fiera creyendo tener con su muerdo
la presa, en tanto suspenso del rabo en la altura del árbol 380
el Simio se ríe del muerdo que dientes y fauces aprieta.
Luego de nuevo simula caerse, y de nuevo se burla
de la rabia ominosa; hasta que al fin el reptil despreciando
al taimado bufón se zambulle en las ondas amigas.

385-424 Cacería del Mono

Siempre por ello es preciso valerse de insidias falaces, 385
si alguna vez quieres astuto burlar al cazado.

clase se llevan robadas a las mujeres. Pienso que, no obstante, en nuestras tierras nunca ha sucedido.

369 caudâ altâ, • 380 caudâ • 386 solers

Y puesto que el Simio al amparo de arbóreas sombras
 colgando del rabo se lanza de un árbol a otro árbol,
 y el bosque completo recorre con rápidos saltos
 librándose astuto de dardos y golpes acerbos, 390
 de dos calabazas empero de vientre vaciado podrías
 valerte al ponerle asechanzas y un fraude jocoso.
 Primero secadas al sol, y después horadadas con parvo
 agujero, depónlas a orillas del monte boscoso,
 donde acuda más grande manada de mimos simplones, 395
 no sin antes meter por el hueco en el vientre unos granos
 de trigo vernáculo, o bien escogidos guijarros de río,
 que al ser sacudidos produzcan fragor en el vientre reseco.
 El Simio (al que todo le gusta explorarlo) dejando
 las frondas veloz, se desliza hacia el campo asoleado, 400
 y ansioso la una examina, sacude la otra
 aplicando la oreja al captar el sonido del grano.
 De prisa se afana en meter en el vientre ruidoso su mano
 al tiempo que observa el motivo del ruido causado.
 Extendiendo a través de la vacua vasija su brazo, 405
 aprende los granos de pronto, y con fuerza prendidos
 intenta, intenta e intenta sacarlos en vano del vientre.
 Pues su mano, aumentada teniendo los granos, rehusa
 soltarlos, y se impide salir por la parva abertura.
 Mas aunque la diestra ya tenga apresada en la calabaza, 410
 con la izquierda no obstante muy pronto registra la entraña
 de la otra: los granos recoge de nuevo; y de nuevo retienen
 los labios arteros su mano; de un brazo y del otro atrapado
 pretende ligero escapar entre vanos intentos;
 sin que el Simio deponga jamás ni una vez lo apresado, 415
 por más que resulte ser mísera presa de trampa engañosa.
 ¡Tanta pasión por el hurto y el ansia de ver lo robado!
 Pronto el que caza recoge al cazado en sus brazos,
 le ciñe a cordel los ijares, y encierra en estrecha prisión
 al que gruñe llorando la insidia, el encierro y engaño. 420
 Mas se cuida el astuto de que, enroscando la cola

409 paruaque • rimâ. • 411 laeuâ • 416 miserùm • 419 arctam

prolija el Simio, no reate su cuello por ira violenta
encendido: que tanto con nudo tan rudo las gorjas
religa, que muy fácilmente el respiro vital interrumpe.

425-443 Cacería de los monitos

Si el que caza desea engañar a las madres lactantes,	425
y desea raptar de su seno a los tiernos hijuelos,	
dispone la leña y atiza una hoguera abundante de Aliso,	
cuyo centro cerrado por gran torbellino de llamas	
lo ocupa una jícara entera de vientre repleto.	
El Simio, vejado por frío constante, a las llamas	430
acude, y en torno a la hoguera funesta se extiende	
la turba de padres y madres, el Simio más joven y el viejo,	
y los críos que porta prudente la madre en sus hombros,	
gozosos de, al fin, expulsar de sus miembros el frío.	
Apenas empero comienza la gente a entregarse al calor	435
deseado, y el frío nocivo a lanzar de su cuerpo,	
abierto de súbito el vientre en la jícara hinchada	
restalla, cual nube rompida, con hórrido estruendo.	
Al punto la turba selvosa del gélido susto apresada	
se lanza en carrera veloz por los campos y frondas sin vía,	440
en tanto que atónitos dejan en medio del campo a las crías;	
saliendo de pronto de sombra muy densa a los pávidos	
coge el que caza, y en triste prisión los encierra.	

Fin del Libro Decimocuarto

433 humeris • 442 promptè • 443 moesto